



# Uno de los NUEVOS: Carlos Olivarez



Carlos Olivárez, 24 años, de La Unión, ha sido el escritor joven más galardonado en 1969. Llegó a Santiago el año pasado con la intención de "bailar" en la pista literaria. Por los resultados, —tres premios— demostró tener "dedos para el piano".

Sus cuentos han aparecidos en distintas revistas. Uno de ellos fue publicado por el semanario argentino "Confirmado". En el mes de Mayo de este año aparecerá su primer libro de relatos.

Los cuentos de Olivárez están concebidos desde una forma narrativa que quizás extrañe a más de algún crítico de estos lados. Están contruidos mediante un lenguaje directo que posibilita al lector tener una experiencia real. Como lo dice el propio Olivárez, lo que interesa es la relación íntima que se crea entre lo narrado y el lector, eliminando todo aquello que no cumpla una función dentro del relato.

Las influencias que se sienten en esta concepción de lo narrativo, están determinadas por las propias preferencias literarias de Olivárez: Cortázar, Parra, Mailer Agustín, Skármeta, etc. Hay una necesidad de contar desde adentro que exige del lector una participación efectiva. Lo anecdótico pasa a un segundo plano frente a lo determinante que es el lenguaje. Sus cuentos escapan de la posibilidad de ser "contados".

Don Carlos Olivárez, junto con otros escritores jóvenes que están en la misma "onda", permite a la literatura narrativa chilena una cierta tranquilidad en cuanto a su futuro, que hasta hace muy poco era bastante incierto.

# “De un Premio no soy El culpable”

—De dónde sale la z de su apellido?

Hasta los 17 años pensaba como todo el mundo que mi apellido venía de los olivos que producen aceitunas, pero cuando tuve que presentarme a reconocer cuartel para cumplir con el servicio militar expurgatorio, allí me dijeron que tenía que llevar carnet. Entonces fui a sacarlo. Me pidieron un certificado de nacimiento para asegurarse de que yo había nacido alguna vez. Yo creí que con ese papel no bastaba y saqué un certificado de supervivencia para demostrar que también estaba vivo. Bueno, allí vi por primera vez la z. Entonces yo le dije: “señorita para que me coloca la z si yo soy con s”. Entonces ella contestóme: “yo tengo que transcribir fielmente lo que está en el Libro Mayor”. “Entonces voy a tener que ser de los olivos que producen nueces”, díjeme.

—Entonces no todos son Olivárez en La Unión.

No, porque sólo nos cagaron a nosotros.

—¿Cuánto tiempo vivió en La Unión?

19 años, en los que hice algunas cosas.

---

## LEIAMOS COMO LOCOS

---

—¿Cómo cuáles?

Como dar 4.784 vueltas a la plaza, mirando las pantorrillas de las niñas, fumando Liberty, o Baracoa cuando teníamos menos plata. Como escuchar, “Quiero tomar tus manos” de los Beatles, los “hits” de Leo Dan y de Paul Anka, cuando llegó el primer wurlitzer al pueblo y costaba 100 pesos escucharlos. Como ir a ver “Sissi emperatriz”

de Rommy Schneider, que era una preciosura, en el teatro “O’Higgins” lleno de alemanes que reían como cerdos con el cabo Asch. Como enamorarme de las niñas más lindas del pueblo, sin conseguir siquiera una sonrisa. En fin, ni más ni menos, lo que siguen haciendo los muchachos allá.

—¿Pero, y la literatura?

Entremedio de todo lo anterior, también leíamos como locos. Y cuando empleo el plural no lo hago en forma retórica como lo hacen algunos eruditos pedantes, sino porque eramos varios a los que se nos apretaba el alma por no encontrar las respuestas necesarias para muchas preguntas imbéciles, y buscábamos en los libros.

—¿En qué libros?

Kafka, Dostoiewski, Tolstoi, Dylan Thomas, Hesse, Diccionarios enciclopédicos, *grafittis* de los baños, Shakespeare, Manuel Rojas.

---

## “EL CABO ASCH”

---

Destruimos, de tanto leer, el único ejemplar de “Lolita” de Nabokov que llegó a la biblioteca del pueblo. Guerra entre los fans de Neruda y de Rokha...

—¿Por qué lado peleaba Ud?

Por “Las alturas de Machu Pichu”, sin contar con que ahora no movería un dedo por ninguno de los dos, porque “entre ponerle y no ponerle”, me quedo con Parra.

—De La Unión, Ud. partió a Valdivia.

Sí, fui a estudiar pedagogía en Castellano a la Universidad Austral.

—¿Qué pasó por esos lados?

Me metí de cabeza en la literatura. Estudié a Berceo, Juan Ruiz, Romero, Esquilo, Sófocles, Fernando de Rojas, al sobrador de Rodri-

go Díaz de Vivar, y demases. Claro que en Valdivia pasa algo raro, porque uno también tiene que meterse de cabeza en el agua, en el Palace, en el Turismo a tomar cerveza, en el grupo Trilce con sus revistas, conferencias, recitales, manifiestos. Además descubrí una diferencia con La Unión. Las hijas de los alemanes de Valdivia son mucho más ricas que las de los alemanes de La Unión. Claro que ellos también se ríen a pata suelta con el cabo Asch. Allí vi “Bocaccio 70” donde Sissi Schneider muestra las tetitas.

---

## A LA CAPITAL

---

—Ud. también ha estudiado en la U. de Chile, ¿qué diferencia ve con la Austral?

Los universitarios de Valdivia podíamos hacer más cosas de lo que se imagina, y más importantes. Lo más grande que tiene Valdivia es su universidad; lo más grande que tiene Santiago no es la U. de Chile. Allí éramos criaturas importantes. Teníamos voz, como siguen teniéndola. La comunicación con los profesores era más cercana. Claro que estoy hablando de los profesores choros, como Eugenio Matús, por ejemplo.

—Ud. publicó un cuento en la revista Cauce de Valdivia.

De eso no me hago responsable. El culpable es Omar Lara.

—Debe haber sido muy malo.

Más malo que el que llevó a un ciego al teatro y lo sentó en el baño.

—Este año Ud. se vino a Santiago. ¿Por qué?

Porque pa'bailar se necesita cancha, hermano. Además que si seguía en Valdivia iba terminar convertido en salmón.

—Me imagino que la cancha a que Ud. se refiere es la literaria.

Sí, desde luego. Así como un arqueólogo tiene que visitar alguna vez las pirámides de Egipto, en Chile un aspirante a escritor tiene que venir a batírselas a Santiago.

—Por los premios obtenidos parece que Ud. se las ha batido bastante bien.

Lo de los premios no es culpa mía. Esta es una pregunta que tendrían que contestarla los jurados.

—Pero Ud. es por lo menos en parte responsable, por haber escrito los cuentos y por haberlos enviado a los concursos.

De haber escrito los cuentos y de haberlos enviado a tres concursos. Al cuarto no lo mandé yo.

—¿Cómo así?

A ese concurso yo no iba a mandar cuento. Un amigo del pensionado donde vivo me insistió que lo hiciera, ofreciéndose para mecanografiarlo y hacer todo el trámite burocrático señalado en las bases. Se lo pasé, comprometiéndome a darle el 10% del premio si al cuento le iba bien. Resultado, tuve que entregarle 250 lucas.

Una de las características de sus cuentos es que están narrados en primera persona.

Sí. Es una forma mas directa de narrar hechos cotidianos. En los cuentos que yo escribo no intento desentrañar el sentido de la vida ni la desintegración del átomo. Se trata de contaminar al lector con ciertas cosas, que ni el narrador ni yo me explico, de tal manera que él, el lector, no pueda convertirse en un profeta y andar contando en las micros: “fíjate que leí un cuento muy bueno o muy malo que se trata de esto o de aquello”.

—Entonces el yo narrativo es una necesidad.

Evidente, como es una necesidad *escuchar* a los Beatles, *leer* a Parra, *hacer* el amor. En una palabra no se puede aprender andar en bicicleta por correspondencia.

—En este uso del yo, ve algún tipo de parentesco con otros escritores chilenos o de otros lados?

De nuevo tengo que contestarle que sí. Hay una visión de mundo que es particular, y ella exige un lenguaje determinado.

—Pero, qué escritores Ud. siente más cerca.

Aquí, y en la quebrada del ají, no se puede escribir cuentos sin pensar que hay un señor que se llama Julio Cortázar, que toca más o menos la trompeta; que hay un Parrón generoso plantado en La Reina; que hay un yugoeslavo que nació en Antofagasta, que dále con subirse en pelotas al techo; que existe un par de mexicanos, que obedecen a los nombres de José Agustín y de Gustavo Sainz; y que está por estos lados Job Guzmán Roj. Además de algunos "yanki go home" tales como Mailer, Salinger, Kerouac.

—Desentrañando su respuesta noto que solo ha nombrado a tres escritores chilenos, y uno de ellos poeta. ¿No cree en la narrativa chilena?

Pasó la época de vivir encerrado en la cocina de la casa. Estamos metidos en un mundo de intercambio. Tenemos más donde elegir. La literatura no es ajeno a esto. Por eso no creo en la literatura chilena en bloque, como tampoco creo en los escritores argentinos, colombianos, o de cualquier otro país en patota. Hay nombres de buenos escritores hispanoamericanos, y en esos creo.

¿Tiene algo que agregar?

No, pero me pregunto si los alemanes del Sur siguen riéndose con el cabo Asch.